

Krader, Lawrence, *Mito e ideología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003, tr. Ma. Antonieta Cervantes (Col. Obra Varia), 374 pp.

Paloma Bragdon\*

¿Qué puede aportar una reseña al insustituible recorrido, al itinerario íntimo que el lector traza en cada texto de acuerdo con su particular mirada, a sus deseos y necesidades? ¿Cómo transmitir en algunos párrafos la acuciosa labor del investigador-autor y sus avatares en la construcción de un universo de sentido? Pero sobre todo ¿cómo asegurarse de que las pistas y claves que tal reseña pretende ofrecer, despertarán el interés para abordar un tema que como el del mito representa a la vez lo más familiar y lo más extraño para nuestra cotidiana experiencia?

La respuesta nos coloca de lleno en el territorio del libro *Mito e ideología*, el cual es el relato de un relato, mejor dicho de infinidad de relatos; es lo que Lawrence Krader, su autor, definiría como un mito del mito, es decir, la descripción de cómo él mismo construyó a lo largo de su vida, una peculiar relación con los mitos y con la mitología.

La tesis del trabajo de Krader que trata de sustentar, a lo largo de las cerca de trescientas páginas de que consta el volumen, es que existe un vínculo fundamental que los diversos pueblos del mundo han mantenido con sus mitos en relación durante diferentes etapas de la historia, y es precisamente a la historia de dicha relación a la que hay que apelar para comprenderlo. Desde esta perspectiva el autor plantea la importancia de una teoría unitaria, más allá de su forma y contenido que son cambiantes, “una teoría del mito en nuestra relación humana con él”, sugiere.

En ese sentido, define como doble propósito de su investigación:

[...] escribir una obra breve sobre un campo rico, complejo y fantástico, y confrontar ciertos puntos de vista, que de manera usual no se han tomado en cuenta, bajo la misma lente; así como proponer una teoría sobre el mito que abarque las diversas opiniones de los antropólogos, académicos clásicos y bíblicos, folcloristas, historiadores, críticos de la cultura de la sociedad moderna, filósofos, psicólogos, sociólogos y estudiosos de la ideología política [Krader, 2003:31].

\* ENAH.

Esta ambiciosa empresa se realiza principalmente a lo largo de los dos primeros apartados de *Mito e ideología*, en los cuales Krader reúne visiones de escuelas y corrientes correspondientes a diversas épocas y enfoques, confrontándolas mediante un diálogo imaginario —apuntalado siempre en el trabajo etnográfico— de cuya densidad hace emerger su particular teoría.

A partir de la introducción del texto, titulada: “Los rebeldes como demonios en los mitos chinos y otras cosas más”, se perfila ya la orientación de la crítica que el autor enfoca principalmente contra la idea de sistema y de símbolo como los ejes de interpretación ontológica para el mundo del mito.

El mito es un campo excesivamente complicado, advierte Krader. Sus palabras son promesa que cumple religiosamente al vapulear nuestra versión romántica, prosaica o demasiado ingenua sobre la utilidad o importancia de los mitos para comprender y organizar nuestra vida: “El mito y la mitología tienen diversos constituyentes no armoniosos, objetivos y científicos, subjetivos o irracionales que si se observan en forma superficial parecen no tener nada en común” [*ibid.*:38]. Efectivamente, porque la lectura de *Mito e Ideología* puede ser un “divertimento” como propone el autor, o un texto bastante inquietante, pues asevera, “el mito como cuento, como pensamiento o como expresión tiene que ver con todo”, aunque paradójicamente poco o nada sabemos sobre él.

El libro de Krader puede resultar una forma erudita, didáctica o placentera de acercarnos al misterioso mundo de los mitos; si bien la trayectoria que define su planteamiento está trazada claramente a partir del preámbulo, y más precisamente en la introducción en la que se destaca el papel de los chinos y de los griegos, como los primeros en iniciar un proceso de revaloración y de toma de distancia respecto a sus mitos. Krader subraya a lo largo de toda su obra el papel fundamental que juega la relación entre mito e ideología, a partir del trabajo de secularización del mito y sacralización del gobierno que desempeña el Estado.

Al respecto en una referencia, breve pero certera, que apunta al corazón de su texto, el autor alude a las prácticas entre los antiguos eruditos chinos quienes tenían un método distinto de interpretar sus propias tradiciones:

Al pretender buscar el núcleo histórico del mito, eliminaron todos los elementos que les parecieron improbables, conservando un residuo, en el que la persona sagrada del rey era convertida en dios, y el príncipe rebelde, así como los ministros, se transformaban en monstruos, pues se oponían a los reglamentos imperiales y eran guiados por pensamientos y conductas inmorales [*ibid.*:40].

Pero no todos los hacedores de mitos o los estudiosos comparten enfoques, ni opiniones sobre las prácticas, las teorías, pensamientos o emociones que organizan su producción; por ello en la primera parte de esta obra, denominada

“De la antigüedad al siglo xx” el autor utiliza algunas narraciones míticas recopiladas en sus estudios de campo en los pueblos de Asia y Norteamérica, que sirven de marco para una erudita presentación sintética y crítica; no sólo entre posturas teóricas de los estudiosos más sobresalientes de las escuelas de pensamiento desde la Antigüedad Clásica sino de los escritores más versados en el tema de los siglos xvii hasta el xx.

La visión de Krader está sólidamente apuntalada sobre una sistematización del pensamiento de escritores y pensadores tan diversos como Aristóteles, Vico, Hegel, Durkheim, Boas, Sorel, Lévi-Strauss y muchos más. Al mismo tiempo, sobre un estudio que incluye el comentario y la discusión acerca de diversos tipos de mitos, como los curativos y de creación de los chukchis, los de los esquimales y de los yukagir.

Mediante estas páginas iniciales el lector entrará a un marco de referencia mágico y científico; se deleitará con relatos como “Cuervo” y “Creador”; de la capa voladora, de pieles que duermen en la bolsa y hablan de noche; de cuernos que yacen sobre las tumbas, ascienden por la noche y caminan alrededor del túmulo, mientras que los muertos se levantan y visitan a los vivos; del pequeño pájaro gris con pecho azul que sacrifica escarabajos y lombrices, lo mejor de su comida mientras canta canciones que el cuervo ladrón le roba inhalándolas con su aliento.

O el cuento yukagir acerca del cuervo que en un principio era blanco, pero luego de conocer a colimbo, el pato, sucumbió a su engaño y de pintor pasó a ser pintado de negro; en venganza le rompió el hueso de la cola al pato y lo confinó a que no se levantara jamás del agua.

Los mitos a los que recurre Krader conforman una estructura analógica que sirve para ir entretejiendo su propuesta teórica, mediante un diálogo entre lo cotidiano y lo fantástico; en un complejo entramado donde el sueño y la realidad constituyen elementos igualmente validos de toda expresión mítica.

Se puede decir que el primer y segundo apartado del texto integran las dos caras de la moneda mítica; y es sólo a partir de tal dualidad, que el resto de la lectura cobrará su más profundo valor y sentido, ya que el cambio y el intercambio son el único destino posible para la comprensión de la virtualidad mítica y justamente es a partir de una concepción dinámica del mito, como Krader pretende formular una teoría que para su tiempo resulta novedosa y diferente.

Para ello recurre al desarrollo de algunas oposiciones que forman parte del cuerpo del texto en las que se aborda el mito en el tiempo y en el espacio; como verdad y como error, mito sagrado y secular; como expresión racional e irracional, los elementos cognoscitivos y afectivos del mito, mito e ideología.

La trayectoria que defina la reflexión de dichas oposiciones dependerá de las preocupaciones míticas propias de cada grupo de estudiosos, por ello el



trabajo de Krader tiene un carácter crítico e integral. Si bien está muy lejos de un modelo dogmático, el autor es consciente de la gama de relaciones que contaminan su mirada teórica y etnográfica, particularmente la ideológica. Ello no le impide reconocer y ponderar una de las grandes ventajas de trabajar con el mito, ya que por medio de su investigación aprendemos algo de nosotros mismos y mientras más sondeamos con mayor intensidad en su estudio, más profunda y eficaz será nuestra comprensión de cómo pensamos, cómo sentimos, cómo vemos el mundo y cómo nos relacionamos unos con otros en semejante proceso humano.

En el tercer apartado titulado "La Teoría del Mito", Krader introduce la dicotomía insuperable sobre la que se han establecido los dos campos de estudio del mito en el siglo xx: uno que considera los mitos originados en la tradición oral predominantemente sagrados, expuestos generalmente en forma narrativa. Otro que los trata como seculares, en relación con nuestros intereses cotidianos e ideologías.

Entre estos irreconciliables confines intelectuales, el autor entabla un diálogo permanente en función del cual construye un discurso; un modelo de análisis conformado por parámetros, visiones, relaciones, conceptos que pueden servir como detonadores; como puntos de arranque para nuevas investigaciones, o simplemente como lugares de solaz esparcimiento, tanto para los especialistas como para aquellos que forman parte de los mitos nuestros de cada día.

Las relaciones que el autor establece para articular su teoría son innumerables, remiten a los universales, el símbolo, la estructura, la alegoría, la metáfora, el código, el criptoanálisis, las claves, etcétera. Asimismo, recurre constantemente a la confrontación y al diálogo, por medio de los cuales lanza sus preguntas y formula sus respuestas, tomando como referente los inagotables debates; los actuales e insoslayables interrogantes que autores como Lévi-Strauss o Edmund Leach han dejado en el aire no sólo para la reflexión antropológica sino para las ciencias humanas en general.

En este capítulo, más que una teoría acabada podemos encontrar lo que el mismo autor define como una guía general; pautas para acercarnos al que califica como "obstinadamente confuso campo del mito", entre ellas su consideración como no autónomo, no unitario, no explicativo y no sistémico en sí mismo. Según Krader el mito carece de unidad interna y se modifica según las experiencias, la historia y la constitución del grupo que lo sostiene. Definitivamente para el autor la producción mítica no puede sujetarse a los principios universales de un mundo ideal sino a las relaciones con las tradiciones y experiencias concretas de los grupos humanos sociales particulares.

Krader rechaza todo intento de homogenizar o de racionalizar las tradiciones míticas en general; para él no hay una mitológica, como tampoco hay una

somnológica del sueño, o una traumatología del asombro, ni una fantasmalogía de la imaginación. Es categórico al afirmar que la sustancia del mito es no tener reglas ni realidad primordial; su forma es sin reglas.

La propuesta principal de su tercer capítulo apunta al carácter excepcionalmente variable del mito, sobre el que advierte que todo intento por comprender el significado del mito o su diferencia a partir de su forma o de su sustancia es erróneo: "el mito, su doctrina y su interpretación son inseparables de quienes se comprometen con él".

Para concluir, en el último capítulo denominado "Forma y sustancia del mito", se profundiza en el eje relación social-ley-mito; así como en el concepto de tiempo y espacio en el marco del cual se lleva a cabo dicha relación. En este apartado el énfasis se desplaza sobre el concepto de redundancia, vinculado estrechamente a lo que se podría pensar como el tiempo mítico y que, personalmente considero un original aporte; una veta para continuar la reflexión sobre la necesidad y permanencia del mito en nuestro mundo actual.

Krader se ocupa de la redundancia en el mito legislativo y en el narrativo, considerándola como un mecanismo integral que abarca los aspectos emocionales e intelectuales; los cuales sólo se pueden separar para fines interpretativos. El autor expresa:

[...] podemos considerar al mito como una forma de arte con su práctica peculiar de redundancia; ésta constituye un modo de repetir una frase, un tema, un motivo o una sección entera de una obra; la frase se repite y es así señalada como redundante para establecer un cierto ritmo por parte del poeta, bailarín, del músico o del mito-poeta [*ibid.*:206].

Como estética o como ideología, en su relación con la ley o con la narración; la redundancia es un factor determinante para el análisis mítico; vínculo por excelencia entre forma y sustancia. "Las redundancias en el mito se destacan como un proceso en el tiempo con una fuerza particular en el relato, en la poesía mítica, en las visiones míticas" [*ibid.*:209]. La redundancia, de acuerdo con el autor, tiene el poder de intensificar la fuerza de la ley y su poder unificador sobre la comunidad, el cual se demuestra en la narración mítica como "una interferencia en el flujo del cuento".

La redundancia es como un imán, un núcleo portador de un tiempo propio que atrae la atención; interrumpe el flujo narrativo, hace corto circuito en la acumulación de la información; retiene la atención y la intensifica, haciendo más apremiante el deseo por afirmar nuestro vínculo con la manera en que las cosas deben de ser... por tanto, afirma el nexo con la tradición, con el compromiso y con la autoridad...

Para Krader, el tiempo de la redundancia es:

[...] interino, el tiempo de la reflexión, el tiempo de no hacer nada, el tiempo de la impaciencia, de la interferencia, de la prolongación de la duda, pero también el de la resolución y de la afirmación del compromiso con la creencia [*ibid.*:211].

Sobre este tema provocativo abunda:

La redundancia en los casos del mito ideológico, del mito de lo novedoso, del mito de nuestra angustia existencial y de nuestra preocupación, es una acción doble de intensificación del sentimiento; uno es una interrupción que retarda la aplicación del bálsamo de una visión utópica; la sensación de placer en la visión deslumbrante es más intensa por ser retardada; dos, la redundancia es un momento de anticipación de lo mejor como respuesta a lo peor que nos ofrece la vida [*ibid.*:211].

Por otra parte, en este último capítulo se abordan también tópicos sobre El Estado como mito y el Mito del Estado, los mitos de la utopía, la técnica y la máquina, los mitos de la ciencia, de la dialéctica de la naturaleza, de los infinitesimales en las matemáticas; el mito como actividad de pasatiempo y como expresión ecuménica; los cuales preparan el terreno para hacer surgir el tema *princeps* de la propuesta de Krader: "Mito e ideología".

Por consiguiente, no es gratuito que nuestro especialista anteceda su incursión en tan espinoso tema, con un comentario sobre el mito en proceso de formación y la transición mítica. En el cual las fuerzas que mantienen unida a la sociedad y que al mismo tiempo la dividen, deben ser estudiadas junto a las fuerzas que estabilizan nuestra historia y generan el cambio en ella. La investigación del mito, precisa, concierne a todas estas áreas:

"La ideología es una construcción superestructural sobre la base mítica", asegura Krader refiriéndose a los mitos de los grupos comunales: "Las expresiones ideológicas derivadas de estos mitos son la esperanza de la tranquilidad y orden en la sociedad y en la naturaleza, el miedo a la imperfección, a la captura o a la muerte en la guerra, el deseo de grandes recursos comestibles, de vestidos y abrigo, el deseo de buenos amigos y compañeros". Asimismo, anota:

[...] la ideología en la sociedad civil se expresa en parte mediatamente como mito sagrado o secular, y en parte como declaración de programas no míticos, políticos, jurídicos, religiosos, educacionales, morales, es decir, en varias combinaciones [*ibid.*:286].

Las ideologías desde esta perspectiva son, en palabras del autor:

[...] expresiones públicas de las maneras en que los representantes de los grupos, clases y colectividades se ven a sí mismas, o más bien de cómo quisieran que otros los vieran, de cómo ven ellos el mundo, su futuro y su pasado [*ibid.*:286].



Mito e ideología comparten, se solidarizan en su propósito de unificación social, sólo que con la secularización del primero, la relación entre ellas, según Krader se hace explícita; mito e ideología, sin embargo, son aspectos uno del otro, en el presente, como lo fueron en el pasado: ideología y mito están vinculados a la acción social de una manera o de otra, si bien, el mito tiene en sí otros elementos, al igual que la ideología, pero siempre de alguna manera se entretajan, asegura. Por ello, como regla aconseja explorar la expresión ideológica en las afirmaciones pretéritas de los mitos y sus representaciones en los cuentos o las leyes.

Para él, tanto mito, como ideología, representan a menudo una justificación de las rutas que marca la sociedad hacia sus miembros:

Mito e ideología no expresan ni representan la realidad social, pero podemos rescatar esa realidad, nuestros problemas y preocupaciones, sus soluciones —si son posibles— o sus frustraciones, interpretando los procesos sociales, así como su representación en el mito e ideología [*ibid.*:290].

Como se ha podido observar el volumen presentado ofrece una extensa gama de oportunidades para continuar con lo que, Alberto Cue —autor de las notas complementarias con que concluye este libro— acertadamente califica como “[...] un asedio constante de Krader en torno a ese objeto inasible, mercurial que es el mito [...]”.



*Revista Cuicuilco 29*, se terminó de imprimir en el mes de enero de 2004, en los Talleres Editorial EMAHAIA, S.A. de C.V. Av. Morelos Ote. núm. 300, Toluca, México. C.P. 50090 Tel.: (01 722) 215-21-90. El tiraje consta de 1000 ejemplares.